



# Madrid Cómico

OFICINAS: CONCEPCIÓN FERÓNIMA, 10.

Antonio Garrido, caricatura de SANTANA BONILLA



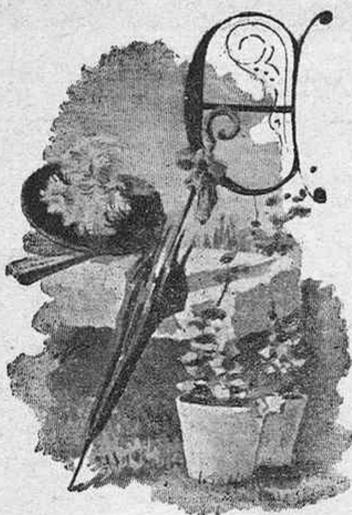
Distinguido *dilettante*,  
hombre cortés y galante  
hasta la exageración;  
el que le mira al semblante  
le adivina el corazón.

Escribe mucho y muy bien,  
y es el más firme sostén,  
por su iniciativa sola,  
de cuantos trabajan en  
*La Ilustración Española.*





## DE TODO UN POCO



El médico de cabecera del señor Presidente del Consejo de Ministros prohibió á éste la asistencia al Congreso mientras durara el régimen lácteo á que le había sometido.

Y Romero Robledo, con la gracia parlamentaria que le caracteriza, dijo «que el Gobierno estaba en cama».

Este tropo autoriza á hacer muchos por el mismo estilo.

Tratándose de la Iglesia, por ejemplo, y al saber que León XIII tiene una canariera monumental, pudiera decirse:

«La religión es... pamplinas para los canarios».

Tratándose de la literatura del Norte y de que Ibsen, su más popular y genuino representante, padece en la actualidad una parálisis progresiva, también podría decir cualquiera:

«El simbolismo no puede menearse».

Aunque el señor Marquina, dramaturgo y poeta simbólico proteste de que él puede andar con la muleta del verso libre.

Observando á mi enorme amigo don Alberto Aguilera y hablando de su gestión municipal, también «cabe» decir:

«El Ayuntamiento engorda.»

Y al saber que en Palacio están reformando habitaciones, levantando tabiques, abriendo puertas, ampliando techos, etc., etc., para el nuevo reinado, no es cosa aventurada exclamar:

«La Monarquía está en un andamio.»

Volviendo al régimen lácteo que ha venido siguiendo don Práxedes, opino que el Doctor de cabecera ha exagerado las precauciones consiguientes.

Bueno que inspire serios cuidados la salud de una persona tan importante como el jefe del Gobierno español, en cuya humanidad está sintetizada la tranquilidad de la Nación; pero de aquí á que la leche sea incompatible con el sistema parlamentario, me parece que hay una gran diferencia.

Parafraseando el chiste vulgarísimo de un cuento muy popular, ocurriese hacer la misma pregunta:

—¿Qué tienen que ver... las sesiones del Congreso con la leche de vacas?

El hilo telegráfico, con su laconismo consiguiente, nos transmite este despacho:

«Han surgido nuevos disentimientos entre el rey de Servia y su esposa la reina Draga. Asegúrase que ambos cónyuges hánse golpeado mutuamente.»

¡Vamos! Ya no es él solo el de las bofetadas.

Se conoce que la regia costilla hace uso también de su energía muscular y le habrá añadido al monarca.

Sólo que esas uñas dinásticas harán una huella más distinguida en la noble epidermis de don Alejandro.

Pica en historia esto de las disensiones matrimoniales de ambos reyes.

Porque á los dos días de cada una de estas dos broncas, viene la rectificación consiguiente, presentándonos al matrimonio como una balsa de aceite.

Lo cual no pongo en duda, aunque me permita creer que el tal aceite debe estar hirviendo.

¡Oh! ¡Lo que yo daría por presenciar una trifulca de esas!

Y el caso es que la he visto.

Circula, subrepticamente por supuesto, una serie de tarjetas postales con asuntos un tanto atrevidos por tratarse de testas coronadas; y en una de esas tarjetas se reproduce el momento histórico (nada más justo, puesto que pasará á la Historia) en que Alejandro de Servia «deposita» una soberana bofetada en el rostro hermosísimo de la Draga.

Yo quise quedarme con la tarjeta, pero el coleccionista no se avino á regalármela.

Y es lástima: porque me hubiera servido para escribir á don Jaime afiliándome á su partido.

En el extranjero ocurren cosas *sui generis*.

Acabo de enterarme (por medio de la prensa, naturalmente) de que Inglaterra ha promulgado una ley prohibiendo la importación de perros extranjeros.

Esto es algo más grave y más radical que nuestra institución de perreros con sus lazos correspondientes y el carro antipático que conduce las víctimas amontonadas y ladrando lastimeramente.

Pero si esto provoca la indignación del pueblo bajo al ver la caza que los perreros ejercitan por los barrios extremos, la medida del Gobierno inglés ha producido un movimiento de protesta entre la aristocracia británica.

La Princesa Hohenlohe, las condesas Gleichen y Dundley, duquesa de Portland, lady Lambton y otras damas aristocráticas han formulado su protesta, encargando á lord Hillington para que éste en la Alta Cámara y el coronel Lockwood en la de los Comunes pidan al Gobierno la derogación de una ley que juzgan arbitraria.

Alguien podrá encontrar esto ridículo; pero hay discusiones en el Parlamento español que son de mucha menos importancia.

El perro es el amigo del hombre y algo hay que hacer por la amistad.

Vale más defender á un *bul dog* limpio, que á un candidato con acta sucia.

—¿.....?

—No; no voy al café.

—¿.....?

—También yo tomo en casa mi literatura. Estoy harto de ver que por 0,50 de mala achicoria y peor leche, se adquiere patente de escritor. Ni quiero dársela á otros ni quiero tampoco que me la otorguen por ese procedimiento. El día en que usted me asegure que el café es lugar de esparcimiento donde cabe hablar de todo: de mujeres, de política, de crímenes, de la temperatura inclusive, volveré á ser de la reunión. Pero mientras aquello resulte una Bolsa literaria donde se cotiza el ingenio por los chistes de frase mal retorcidos y el talento por la lectura de una oda ó de un artículo, no me siento agente ni corredor de esos valores en alza ó en baja «según esté la noche».

—¿.....?

—Para eso venga usted á verme á mi casa ó yo iré á verle á la suya. Pero en el café ¡nó!

—¿.....?

—¿Qué por qué? Pues porque de todo eso se saca en limpio que el único admirador que uno tiene es el camarero... ¡si le da usted propina!

Los demás ¡le muerden!

FÉLIX LIMENDOUX

PROTECCIÓN, por ALBARRÁN



Protege á dos hermanas huérfanas, pues dicen que las ha visto nacer, si bien la vecindad jura y perjura que es otro el parentesco de los tres.

Cosas que se dicen.

Con el decir más ameno, con la más graciosa charla refería un andaluz los detalles de su estancia en cierta localidad que no hay para qué nombrarla.

—«El amigo—nos decía— que en su casa me hospedaba quiso tirar en mi obsequio la casa por la ventana.

Músicas, juegos, saraos, bailes, pesquerías, cazas, cuanto puede imaginarse para hacer la vida grata.

Pues ¿y la mesa? ¡Qué pasmo de riqueza y de abundancia! Los platos más exquisitos, las golosinas más caras,

El primer día, al almuerzo, después de mil zarandajas,

me presentaron un pavo que tendría arroba y cuarta: quise hacerle los honores y probé á comerme un ala.

Llegó luego la comida, siguió la fiesta empezada, nuevos guisos, salsas nuevas y pronto mostró su cara como diciendo «comedme» el pavo de la mañana.

En resumen: veinticuatro comidas, á cual más varia, mas con veinticuatro pavos uno y único... en su salsa.

Han pasado ya diez años y, juzgando por las trazas, creo que aquel buen amigo, que vivo y sano se halla, aún me está soltando el pavo si estoy aún en su casa.»

ANTONIO OSETE

PARÍS

Pecuchet.



PECUCHET es mi vecino, como él dice. Vive en el muelle Voltaire y yo en la calle de Rivoli, y nos encontramos casi todos los días en el puente de los Santos Padres, por el cual pasamos todas las mañanas á la misma hora.

Por tal motivo, en vez de dividir en capítulos la breve historia que voy á relatar la dividiré en encuentros.

Primer encuentro.

Pecuchet, radiante de alegría, hace un gesto de satisfacción al verme desde lejos, y se dirige hacia mí rápidamente.

—Buenos días, querido ¿qué tal va?  
—Bien gracias. A usted no hay que preguntarle, porque ya se ve que está contento.  
—Muy contento y la verdad es que tengo motivos para estarlo.  
—Lo supongo. Cualquiera diría al verle que es usted afortunado en amores.

—¡Precisamente! Veo que conoce usted el corazón humano. Figúrese usted, y permítame que le dé cuenta de mi felicidad, una muchacha encantadora... ojos negros que deslumbran como el sol... cuerpo airoso, elegantísimo... educación esmerada ¡como que posee tres lenguas! A más de esto, es huérfana, libre como el aire.

—Eso no es una mujer, eso es un prodigio!  
—Sí, señor; un prodigio que la más dichosa de las casualidades ha puesto en el camino de mi vida. Figúrese usted que entré en una tienda de mercería para comprarme unos tirantes de goma, y que la ví detrás del mostrador, y que me impresionó su belleza, y que la impresionaron mis miradas... En fin, que la he acompañado varios días desde la tienda á su casa, y que ayer me he convencido que hemos nacido el uno para el otro.

—Pues... que sea enhorabuena.  
—La merezco, amigo mío, la merezco.

Segundo encuentro.

Pecuchet pasa junto á mí cabizbajo y meditabundo. Le llamo y alza la cabeza sorprendido.

—¡Ah!... ¿es usted?  
—El mismo que viste y calza... Iba usted tan distraído...  
—Efectivamente.  
—¿Y cómo es eso? ¿Alguna desgracia?  
—¡Ay, amigo mío! Una desgracia muy grande, que siempre tendrán los que, como yo, se fíen de las mujeres.  
—¿Qué dice usted?  
—Lo que usted oye... Los hombres somos muy bestias.  
—Si le es á usted lo mismo, hable en singular.  
—No hay inconveniente; yo soy muy bestia.  
—Pero en resumen ¿qué ha ocurrido?  
—Casi nada... Ayer, por una equivocación, fui á buscarla una hora antes que de costumbre, y supe que se había marchado y que no era la primera vez que esto ocurría. Y lo peor de todo es que se fué acompañada de otro hombre y que iban los dos muy juntitos y amarretados.

—¡Vaya por Dios! Lo mejor es que no vuelva usted á verla ni á acordarse de ella.

—¿Volver á verla? Prefiero que me guillotinen... Esa mujer ha muerto para mí. Mucho trabajo me costará olvidarla, porque cuando

pienso en sus ojos, y en su gracia, y en su educación... ¡qué educación! Posee tres lenguas...

—Ya me lo dijo usted.  
—¿Ah, se lo dije? Pues usted dispense.

Tercer encuentro.

Veo á Pecuchet alegre y sonriente como el primer día. Le saludo, me estrecha la mano con efusión, y hablamos así:

—Celebro mucho encontrarle. El otro día me demostró usted un interés digno de toda mi gratitud.

—No hice más que cumplir con un deber de amistad.

—Mil gracias; yo hago lo mismo al participarle que todo está arreglado.

—¿De veras?

—Sí, señor; adquirí informes.

—¡Ah!

—De los cuales resulta que el individuo... ¿sabe usted á quién me refiero?

—Sí, al que la acompañó la otra noche.

—Pues bien; ese individuo era el dueño del comercio donde ella está... Un hombre de costumbres depravadas que hace el amor á todas las chicas del establecimiento.

—¡Vaya un prójimo!

—A ella, viéndose acosada por él, se le ocurrió pedir la cuenta y marcharse; pero meditando después acerca de las ventajas y de los inconvenientes de esta resolución, pensó en que al adoptarla me ponía á mí en el caso de subvenir á sus necesidades, puesto que la pobre no cuenta con más recursos que los que le proporciona su honrado trabajo... ¡Qué modo de pensar tan delicado! ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—Así es que resolvió tener con él una larga conferencia para afearle su conducta y decirle que no podía amar á nadie más que á mí. Y por eso salieron juntos aquella noche. ¿Qué le parece á usted?

—Que... es una mujer heroica.

—No hay en el mundo otra como ella, amigo mío. Por eso la he obligado á que abandonase el comercio, y ha quedado instalada decorosamente, y por mi cuenta, hasta que yo arregle los papeles necesarios para nuestro casamiento.

—Esa determinación le honra á usted mucho.

Cuarto encuentro.

Pecuchet parece que está agobiado por una gran desgracia.

—¿Qué hay, amigo Pecuchet?

—¡Oh! Una cosa horrible... Figúrese usted que he encontrado una carta.

—¿Una carta?

—Sí; una carta dirigida á ella y firmada por un tal Federico; una carta en que éste la tutea y pide que le señale hora y sitio en que han de verse. Ya comprenderá usted que me he puesto furioso.

—Lo comprendo.

—Y que sin aguardar á que ella me diera explicaciones, me he marchado gritando: ¡Todo ha concluido entre nosotros!

—¡Muy bien hecho!

—¡Qué desengaño, amigo mío! ¡Qué desengaño más espantoso!

Quinto encuentro.

Pecuchet, resplandeciente de gozo, se acerca á mí y me abraza.

—Tengo que confesar á usted que soy un calumniador. Hace dos días le dije... ¿se acuerda usted de lo que le dije?

—¡No he de acordarme!

—Pues bien; aquello fué una obcecación de hombre impresionable y celoso. ¿A que no sabe usted quién es Federico?

—No, señor.

—Pues Federico es un agente de colocaciones á quien ella conoce desde la infancia, y á quien sin decirme una palabra, y con el deseo de no serme gravosa, escribió una carta para ver si podía entrar en otro comercio.

Cuando he sabido esto, le he pedido perdón por mis injurias sospechosas, y le he prohibido terminantemente que haga gestiones de esa clase. Me parece que no podía ni debía hacer otra cosa...

—Naturalmente.

Sexto encuentro.

Pecuchet, desatinado, loco.

—¡Oh, amigo mío!... ¡Lo que me sucede es horripilante! ¡La han visto ayer paseando con un viejo!... ¡Con un vi-e-jol!

Y sin darme tiempo para hablar, desapareció velozmente.

Séptimo encuentro.

Pecuchet, rebosando satisfacción por todos sus poros.

—¡Felices, querido amigo! Estoy avergonzado de mi carácter impresionable. Lo que le dije la última vez que nos vimos tiene una explicación satisfactoria. El viejo es su tío, su único pariente. Llegó hasta el pueblo donde él reside la noticia de mis relaciones con su sobrina, y quiso enterarse bien del carácter que éstas tenían y de las intenciones que yo abrigaba. Y no le digo más, porque no puedo detenerme. Ya nos veremos más despacio. ¡Adiós!

A los pocos días me entregó mi portero una esquila, cuyo texto dice así:

«Monsieur Pecuchet y Mademoiselle Eulalia Boivreau, participan á usted su efectuado enlace.»

PIERRE VERON



## Felicitación.

(SÁTIRA)

Epístola que le espeto  
por pura galantería,  
en tan señalado día  
y con el mayor respeto,  
á mi ex-suegra y á mi ex-tía.

Muy señora mía: Sé  
que de santo está usted hoy,  
y, con su permiso, voy  
á felicitar á usted,  
demostrándola que soy,  
no un grosero,  
como me ha calificado,  
sino todo un caballero  
cumplido y bien educado.

Y, pues quiero  
demostrar mi educación  
y mi cariño hacia usted,  
lea con mucha atención  
esta felicitación  
de «su pariente»... que fué.

La deseo con el alma  
que ningún pesar la aflija  
y que disfrute hoy de calma  
con su sobrina y su hija;  
«que la salga á usted un marido»,  
si marido la conviene;  
pues he oído  
decir á lenguas livianas,  
sin que yo sepa si es cierto,  
que usted tiene muchas ganas  
de buscar reemplazo al muerto.

Que Carolina y María,  
mis ex-novias, que amé tanto,  
(¡no se asombre!)

olviden en este día  
hasta el santo  
de mi nombre.  
que si se acerca al espejo,  
y éste su imagen refleja,  
al pedirle usted consejo  
de la edad que ha de tener,  
no la diga: «¡eres más vieja  
y fea que Lucifer...!»;

que las gentes  
que han de ir  
hoy día á felicitarla,  
no murmuren entre dientes,  
al salir,  
de su inoportuna charla,  
ni de «sus» dientes postizos,  
ni de «sus» ajenos rizados,  
ni de su tacañería,  
ni de su voz atiplada,  
ni de su lengua de arpía,  
ni de su cara anticuada  
y estucada,

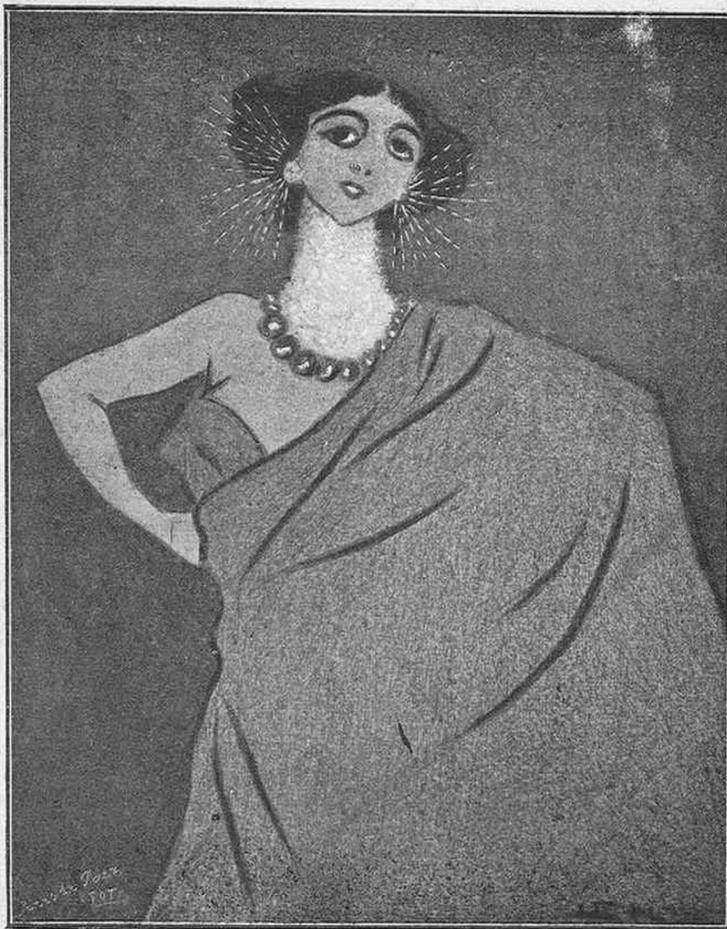
ni de sus manos huesosas,  
larguiruchas, sudorosas...  
ni de su gorrinería,  
ni, en fin, señora, de nada  
de otra infinidad de cosas  
que yo mencionar podría.

Que esa maldita afección  
que padece al corazón,  
y á las niñas tiene inquietas,  
hoy, al darse un atracón  
de croquetas  
y aguardiente peleón,  
que beberá con exceso,  
la dejen dormir dichosa

TARJETAS POSTALES  
caricaturas de LEAL DA CAMARA



CLEO DE MÉRODE



LA BELLA ÓTERO

soñando «un amante beso»  
y «una caricia amorosa».  
Que el novio de la María  
y de la Caro el amante  
no digan en este día:  
«¡Ay, qué suegra más cargante!»  
«¡Vaya una tía la mía!»  
¡¡ay, qué tía!!

Queda pues ya demostrado  
que la quiero  
y que soy un caballero  
cumplido y bien educado,  
y desde el profundo averno,  
á donde usted me ha enviado,  
la felicita su ex-yerno  
y ex-sobrino... malogrado.

FÉLIX CUQUERELLA

## Una disculpa.

Desde antes de amanecer  
marchaba la compañía,  
y ya casi al medio día  
hizo alto para comer.

Tras de jornada tan dura,  
pegada al cuerpo la ropa,  
se desparramó la tropa  
buscando sombra y frescura,  
y mientras uno que vela  
por el rancho, al fuego atiende,  
éste á la larga se tiende  
y aquél toca una vihuela.

Mas como va sin parar  
el tiempo á todo correr,  
después de la de comer  
llegó la hora de marchar.

Iba á seguir adelante  
la tropa cuando un pastor  
gritó al capitán: —¡Favor,  
mi capitán, un instante!

Y jadeante y sudoroso  
siguió diciendo: —Un soldado,  
yo no sé cual, me ha robado  
un cabrito, el más hermoso.

—Bueno yo veré si está  
entre mi gente, buen hombre,  
y le juro por mi nombre,  
que á sus manos volverá.

Y el jefe, á la vez que hablaba,  
desde el caballo miró  
á los soldados, y vió  
que uno el cabrito llevaba  
en los hombros colocado  
como es uso entre pastores,  
del modo que los pintores  
tantas veces lo han pintado.

Llamó al sospechoso al punto  
y se acercó el pobre mozo  
pensando en el calabozo,  
pálido como un difunto,  
rebuscando una disculpa  
en su mente á su delito,  
y sin soltar el cabrito  
denunciador de su culpa.

—¿Conque eres tú el que al pastor  
el cabrito le has robado?,  
dijo el jefe, y el soldado  
le contestó: —No, señor,  
mi capitán, yo no he sido.

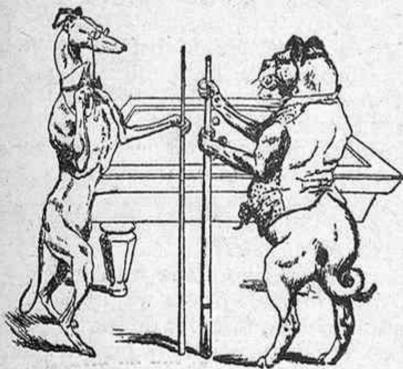
—¿Que no? Pues entonces, di;  
¿por qué está encima de tí?

—¿Qué sé yo?... ¡Se habrá subido!

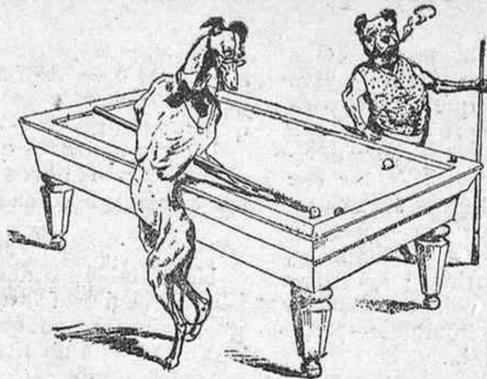
LUIS FAJARDO



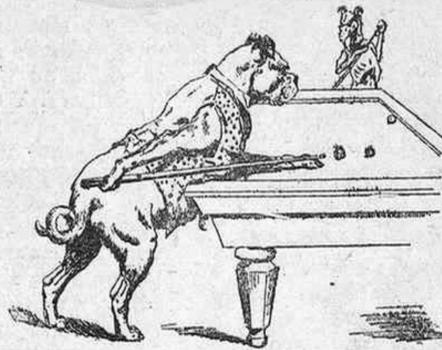
UNA PARTIDA... DE PERROS, por F. B.



- 1 -



- 2 -



- 3 -

Seamos claros...

Voy á ver si consigo, vida mía,  
con mi lógica escasa convencerte;  
por tan sólo el placer de complacerte  
hasta el cielo escalara cualquier día.  
Ya sé que no te agrada la armonía  
de la estrofa inspirada, altiva y fuerte,  
ni el valor personal que hasta la muerte  
desprecia con desdén y valentía.

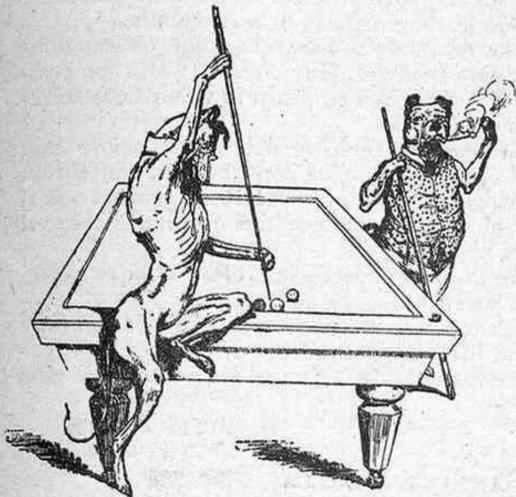
Lo que á ti te complace, hablando en serio,  
es tener, como tienes, un marido  
más triste que las notas del salterio,  
más callado que Job y más sufrido...  
Lo que al alma te llega, y no es misterio,  
es que aprecien tu honor como es sabido...

OBDULIO CARRIÓN

¿Es que ya olvidaste  
todas tus promesas?  
¿Es que ya no quieres estar á mi lado...  
muy cerca... muy cerca?

¿Que sí, que me quieres?...  
¿Que no me desprecias?  
¿No lo ves? ¡Si lo estaban diciendo  
tus pupilas negras!

MIGUEL PELAYO

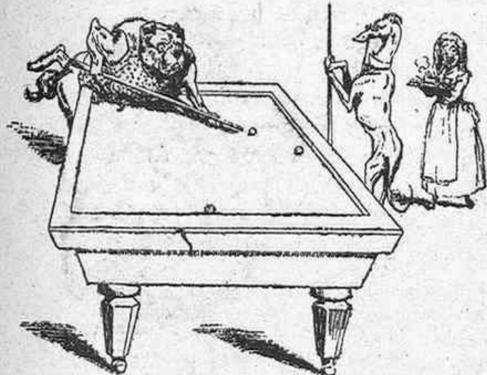


- 4 -

PASCUALA MESA



Es bella, joven, amable  
y muy distinguida actriz,  
á quien el público llama  
«la Moreno de Martín».



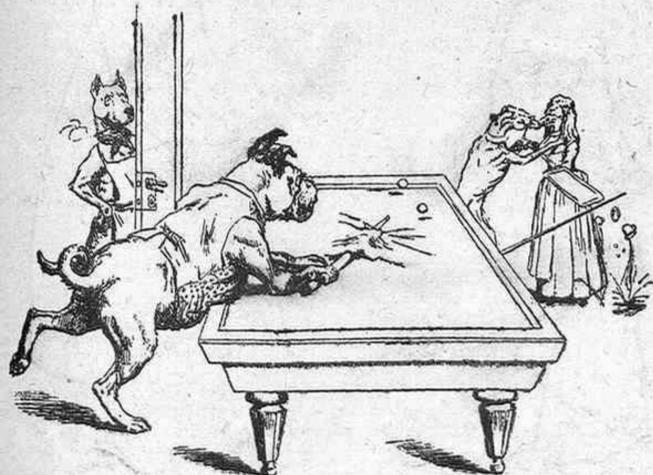
- 5 -

¿No lo ves?

¿Que ya no me quieres?  
¿Que ya me desprecias?  
¡Serás revoltosa!  
¡Serás embustera!  
¿Que ya no me quieres, y empaña tu rostro  
profunda tristeza,  
si en vano me aguardas  
detrás de la reja!  
Y cuando te digo que te quiero mucho,  
me miras risueña,  
y bajas la vista,  
que relampaguea,  
porque sientes que tu alma de virgen,  
con el pensamiento me arrulla y me besa.  
¡Y tú no me quieres!  
¡Y tú me desprecias!  
¿Por qué dices eso? ¡No ves que te venden  
tus pupilas negras!  
Dice el labio: «De veras no quiero»  
y los ojos: «Te quiero de veras.»  
Y finges desdenes,  
que el alma no alienta;  
y la frase de amor que se asoma  
á tus húmedos labios de fresa,  
la cambia tu orgullo,  
en burla sangrienta.  
Tu desdén, es disfraz de tu anhelo;  
y tu risa, disfraz de tu pena.  
¿Y por qué tanto encono, chiquilla?  
Por una futesa.  
Ven aquí. ¿No quieres?  
¡Ven aquí, muñeca!



- 6 -



- 7 -



- 8 -

## Los pseudónimos.



OSCE TE IPSUM... que los pseudónimos ya se te darán á conocer. Así habla este servidor de ustedes, que no va para Zaratustra. Y conste que esa *miaja* de latín no me la ha enseñado Mediavilla, matador de novillos á la par que doctor de Filosofía y Letras, si que también en Teología—que por cierto no mata á los toros, como era de esperar, con silogismos escolásticos y apostillas platonianas, sino con volapiés hasta la mano y metiendo el hombro.—¡Que Niembro se lo premiel...

¿Conocen ustedes costumbre más inocente y uso más inofensivo que la costumbre y el uso de los pseudónimos en la literatura? Yo creo que revelan más candidez los escritores que ponen antifaz—siempre de leve y transparente gasa—á su nombre, que la que revela

laria un sujeto que fuese de todos conocido por sus defectos físicos y que en Carnaval pretendiera pasar por extraño con sólo plantarse sobre las suyas propias unas narices de cartón.

El misterio del pseudónimo es pronto aclarado por el público y entonces ¿para qué sirve el antifaz? Nada más que para que se llame al que hizo tan baldío gasto en vez de con el apellido que su buen padre tuvo el honor ó la vergüenza de legarle, con el aparato y rimbombante mote de *Reynaldos de Montalbán* ó *El caballero del cisne*.

Y en esto de los pseudónimos, como en el mundo, aún hay más. Hay caballero de los que usan pseudónimo para andar por la prensa que no aguarda á que los demás le despojen de la máscara, sino que se apresura á comunicar á sus relaciones, como á novia que se cita á

un baile de trajes, que ha tenido la *comodidad* de disfrazarse de *Sancho Panza* ó de *Mefistófeles*. Y hasta se hace imprimir tarjetas como cartel de corrida de toros, en que después del nombre del diestro que se anuncia va el *alias* correspondiente.

Literatos ilustres que han tenido la debilidad de usar pseudónimos, al publicar sus libros cayeron en la tentación de unirlos en las portadas al nombre verdadero. ¡Oh, encantadores grandes hombres!

*Si rejas ¿para qué votos?*

*Si votos ¿para qué rejas?*

Hay también quien muda de pseudónimo como de camisa, y una semana es filósofo ateniense y otra tenor de ópera wagneriana... y ni un día siquiera, aunque sea el año bisiesto, hombre de sentido común.

Yo conocí á un literato más fecundo que coneja prostituida, que afirmaba que la causa de no tener él fama era su mala estrella para la elección de pseudónimos.

—¿Que no tiene usted suerte—decía—para elegir uno que caiga en gracia? Al montón. ¿Que la tiene usted? A la Academia.

Existen escritores que de tal modo se identifican con el pseudónimo, que no parece ficción, sino realidad. Hay *Bobos de Coria* que cualquiera diría que lo son, y *Roldanes* que se pasan la vida dando lanzadas... á la gramática y á la sindéresis.

Aun esos críticos que toman en serio lo del antifaz, como cosa imprescindible en el oficio para poder *pegar* con libertad, apuesto un pseudónimo de comedia clásica contra otro del Romancero á que si en la calle les llaman por el *alias* se dan por tan enterados como si les llamaran por su propio apellido.

Alguna vez ocurrirá que no. Depende de la profesión á que pertenezca el que llama... y de las intenciones que traiga.

En fin, es indudable que el usar pseudónimo revela inocencia y candidez de paloma, y que sólo debía estarles permitido á los revis-teros taurinos, porque en ellos deja de ser candidez é inocencia para convertirse en pudor.

JULIO POVEDA

¿QUÉ HACEN USTEDES POR ESAS CALLES?, por SANTANA BONILLA



Yo voy al Congreso.



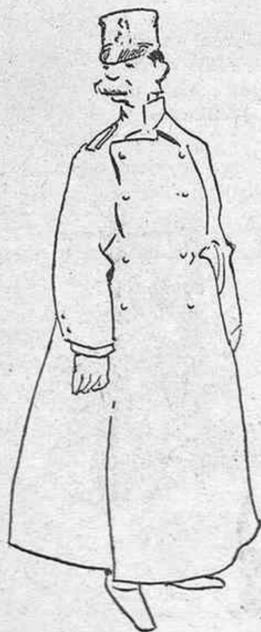
Espero á ver si se asoma.



La estrucción.



Presumir por la Carrera.



Estorbar.



Buscando una novia menos exigente.



Voy al mitin.

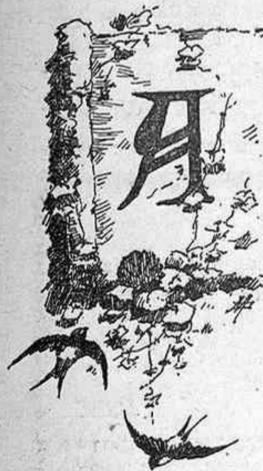


Yo voy á ver á esa.



Santana Bonilla

Zig-zag.



DMIRABLE! ¡admirable!, como diría el bueno de Rubén Darío. Nunca han sido tan provechosos, como ahora, estos santos días de cuaresma. Nuestros hombres de letras se han congregado, y la morralla que pudiéramos decir, con solemne voz ha dicho a los maestros, ó que así se llaman, el famoso *Memento, homo, qui pulvis es...* Y Núñez de Arce, que en todo quiere ser el primero, y en los entierros desearía ser el muerto, contesta con el ritual de los cartujos la fúnebre salmodia del *Morire habemus...*

Los poetas del género chico bastante han cobrado en este mundo por los ripios, y bien pueden ir á la fosa común á descansar, y á dejarnos en descanso; pero los copleros académicos, con todo el bagaje de su cascote literario, después de haber pagado las ediciones de sus libros, que nadie lee, por toda esa abnegación ¿con qué les vamos á pagar?

Estoy de acuerdo. Al instante se debe levantar ese proyectado Panteón de hombres ilustres.

*Magnífica fué, en verdad,  
la idea del Panteón,*

y gracias debemos dar al que nos trajo las gallinas, como en la fábula de Iriarte, quiero decir, que la gratitud nacional debe designar un hueco en su soberbio mausoleo para el que ha hecho la tortilla, el mismísimo Ramos Carrión, pues él lo espera, y ya se ha muerto el sastre del Campillo, (no Viérgol, ni Dios lo permita), que cosía de balde y ponía el hilo. Por mí, ¡que lo entierren!

Ya veo los nichos, las lápidas, las inscripciones, la resonante cripta. ¡Cuánto nombre en lo futuro, ni envidiado, ni envidioso! ¡Cuánto título de obras no aprendido!

Cavestany, poeta; Chueca, músico; Alcoverro, escultor; Weyler, general; Canalejas, estadista; Castellano, orador; Commelerán, maestro de escuela; *Memento*, picador y autor dramático. *Et sic de ceteris*, en letanía interminable.

Mientras tanto el pobrete de Cervantes Dios sabe dónde ha dejado los huesos. ¿Y qué falta hace tampoco? Los *inmortales*, que llamaría con burla Daudet, no necesitan malas compañías, y menos la de ese que Lope llamara *frisión de su carroza y fuera en pie*.

Ya sabemos que allí no entrarán más que los grandes hombres que

en España han sido. ¡Cielos! Si miden por la talla, ya sabemos que se quedan de puertas afuera Sellés y el autor de *Maruja*. ¡Y ellos que en vida se trabajaban un sitio como si fuera una elección!

Yo me explico que honre encontrar un hueco en el *Poest Corner* de *Westminster Abbey* en Londres, junto á los genios que dieron á los anglo-sajones, como raza y como nación, esa superioridad de que habla Desmolins, y la supremacía del arte á la Inglaterra de Dickens y Lord Byron, como la proclama Taine; yo encuentro generosa la gloria de descansar un día, con eterno renombre, en cualquier escondrijo de *el Panthéon*, de París, porque allí reposan las cenizas de los grandes poetas, y de los más excelsos artistas que la raza latina presenta á la admiración de las gentes, y enterrados bajo tierra, hacen acercarse con temblor de respeto á las muchedumbres descubiertas, y obligan á doblar la rodilla á la humanidad entera. A más, en Francia hay un pueblo con alma, ese pueblo que celebra la memoria de sus poetas nacionales y rinde devociones con sinceridad del corazón ante los extranjeros, y lleva flores á la tumba de Heine, el triste poeta de las ironías y de las lágrimas.

Pero, en nuestro solar, en casa, sólo los Ulloas del drama pueden hacer construir su monstruoso Panteón nacional. ¡Ah!, si, y en él enterráramos á los repatriados con girones de bandera por trofeos, á los vencidos, esas víctimas de Sagasta, trágico *Don Juan* que sigue convidando á los muertos y tentando á los cielos.

Para ensayo, ya tenemos el Panteón de Reyes. ¿Cuántos genios tenemos allí? Pocos, uno nada más: Carlos II. Si volvieran Quintana y Núñez de Arce á sacarlo de su huesa para tirarle de la lengua ¡qué de cosas diría el buen monarca! No era aquello de que

*vió desmoronarse á España  
cual granítica montaña  
á impulsos del terremoto.*

Este milagro han sido otros los que lo vieron. Y otras... ¡*Miserere!* ¡*Miserere!*...

Yo me siento tocado de la divina gracia, y con todo respeto me arrodillo á Ramos Carrión, que es dios menor, de pacotilla, que dijera Estrañi, para repetirle de corazón: *Fiat voluntas tua...*

Venga el Panteón.

Ya sé de los hombres ilustres, que en plesbicitio público elige la nación primeramente, por más de la tierra, por un algo así como la patria misma: Lagartijo y Frascuelo.

Ya los vivos pueden contar con esos compañeros.

ANGEL GUERRA

Correspondencia particular.

J. M. B.—*Salamanca*.—Eso de los apellidos es más anciano que la tos y no tiene pizca de gracia. Las moralejas son un tanto *desdichadas*. Le agradecería que escribiese con más claridad. ¡Si puede ser!

G. L. DE C.—*Madrid*.—Si no es usted manco, sordo y ciego no tiene usted disculpa; ni sabe usted coger la pluma, ni oír los versos, ni ver que *apremioso* no está en el Diccionario castellano. Después de estas *pequeñeces* figúrese usted las cosas que le diría... si tuviera confianza con usted.

M. DE E. M.—El epitafio... guárdelo usted para la fiesta de Todos los Santos. Lo otro... Pero no importa. Insisto en decirle que versifica usted con cierta soltura y con una corrección de forma que ya quisieran todos esos besugos que nos traen locos con sus *berzas*. Piense usted más los asuntos, pues usted llegará á hacer cosas bonitas.

M. TERRO.—Usted llegará... á desayunarse con cebada si lo que manda no es ya consecuencia de una mala digestión de lo mismo. Paso por los versos malos; por las groserías ¡jamás! Es usted un mulo... y no lo digo por alabarle.

J. M. H.—*Santiago*.—*El perro de lanas* es un precioso cuento... pero no es de usted; es de Antonio Trueba y está publicado con el título de *El perro negro* en el «Museo Universal», año 6º (1862), página 271, 2.ª columna. ¡Descarado! Ya ve usted como también en casa hay *cazadores*. Aprenda usted los Mandamientos de la ley de Dios y fíjese usted en el 7.º

A. T. E.—*Málaga*.—Es largo, viejo, tiene versos cojos, pero en cambio no tiene gracia. Mande usted otra cosa hecha con más calma y veremos.

AMARILLO sí.—Pero poeta, no. Sin embargo le publico un *cantar* como usted dice, por lo de la recomendación. Ahí va eso:

Son las mujeres y los hombres  
como las cerezas  
solas entran en la canasta  
pero al salir no les basta  
encontrarse de cabeza  
y enredan su propia casta.

Ahora, mándele usted esos versos en una tarjeta postal á Mad. Thebes, á ver si ella es capaz de adivinar lo que eso. Y después... ¡qué Dios le perdone á usted!

F. S. A.—¿Usted creerá que tiene gracia?... ¡qué desengaño tan cruel!

E. S. F.—*Madrid*.—Largo, pornográfico, defectuoso, sin sustancia, y... ¡si le parece á usted poco!

NUMA ROUSMESTAN.—¿Eso es *modernista*, verdad? Pues ahí tiene usted ¡hasta para cultivar ese

género en verso hace falta saber escribir en verso. De lo contrario se desacredita el modernismo. ¡Pícaro manía!

CÁTEDRA.—Conste que es un cuento conocidísimo, pero en fin, se publicará... sin impacencias ¿eh?

LIMA, LIMA, LO... que sea (no se entiende).—Para el caso es igual. Eso de los gorriones es la fábula de los *conejos* echada á perder lastimosamente.

UN ADMIRADOR DE DAUDET.—Como *Tartarin* está usted un poco *atrásadillo*; como prosista, le falta mucho para llegar. Continúe usted de admirador y andando el tiempo...

FRAY PEPE.—¿Doña Blanca de Navarra mujer de Gonzalo de Córdoba?... ¡Ave María purísima!

L. F.—*Tenerife*.—Aunque el asunto no es muy nuevo, lo publico.

A. DE A.—*Madrid*.—En el *buzón*, como usted dice, se olvidó la semana pasada *rechar* sus iniciales. Agréguelas usted y dese por contestado.

DELOYFER.—*Madrid*.—Eso mismo que usted dice á L. M. le decimos á usted: *No puede ser*. ¡Es tan soso! Envíe otra cosa á ver si...

F. T.—*Málaga*.—

¿Con qué cogió usted una curda  
en unión de la *cocotte*?  
Y dígame usted, el cognac.  
¿era Jiménez-Lamothe?

porque siendo así... está usted perdonado.

MICHINA.—*Vitoria*.—Era «teatros» pero no error de caja. ¿No tiene usted otro quehacer más que ese? Hijo mio, pues aquí le quisiera yo ver á usted leyéndose diez mil majaderías semanales. Si buenamente puede usted dejar sin efecto «mi cesantía» se lo agradeceré.

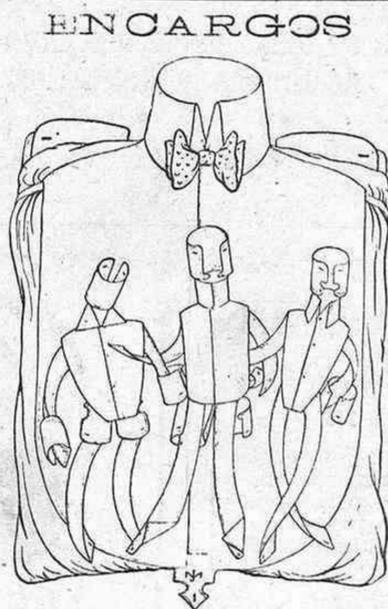
A. C. E.—Mire usted, la verdad, no está mal hecho pero... *no tiene lance*. Mande otra cosa.

M. D.—Esa *Previsión* está muy diluida. En cuatro ó seis redondillas y quitándole varias asperezas, estaría mejor. Pruebe usted á ver como le sale, si le sale.

A. R.—*Ponferrada*.—Si le publico á usted eso... tiene usted una cuestión personal con Bombita y lleva usted la de perder.

CAMPESINO.—Se publicará; mande la firma.

P. P. O.—J. G. F.—*Manolo*.—J. B.—*Madrid*.—E. R. S.—*Málaga*.—*El Noy*.—*Barcelona*.—L. L. M.—*Santander*.—No sirve ninguna de sus moralejas. ¿Se les ha terminado á ustedes la *cuerda*? Pues afinen la puntería para la semana próxima.



Desde la puerta del cielo  
ayer San Pedro decía:

—MARTINEZ, mándeme usted  
dos docenas de camisas.

2, San Sebastián 2,

Est. tipográfico de Ricardo Fé, Olmo, 4

**MADRID**  
Tres meses, 3,50 ptas.—Seis id., 4,50.—Año, 8.  
**PROVINCIAS**  
—; Semestre, 5 ptas.—Año, 9. —  
Anuncios españoles: Ptas. 0,25 línea de 45 mjm

**Madrid Comico**  
OFICINAS: CONCEPCIÓN JERÓNIMA, 10

**UNION POSTAL**  
—; Un año, 15 pesetas. —  
**VENTA**  
Número corriente, 0,15; atrasado, 0,35  
Anuncios extranjs.: Ptas. 0,35 línea de 45 mjm.

SE SUSCRIBE EN LA ADMINISTRACIÓN Y EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS DE ESPAÑA Y AMÉRICA

**¡INCREÍBLE VERDAD!**

Única y verdadera ocasión para gastar bien el dinero en regalos, cuyo valor supera siempre á su coste. Objetos de oro de ley garantizado con hermosísimos y espléndidos brillantes, químicamente perfectos, de más valor por su constante esplendor y limpieza que los verdaderos. Descomposición de luz, dureza, lapidación perfecta, imitación maravillosa.

**5.000 PESETAS**

se regalan á quien distinga estos brillantes **Alaska** de los legítimos.

|   | Pesetas. |  | Pesetas. |
|---|----------|--|----------|
| Anillo para caballero, oro y brillante..... | 50       | Pendientes (par) para señorita, oro y brillante..... | 25       |
| Idem para id. (brillante muy grueso).....   | 100      | Idem para señora idem id.....                        | 50       |
| Alfiler idem id.....                        | 25       | Idem para id. (brillantes gruesos).....              | 100      |
| Anillo para señora ó señorita idem id.....  | 25       | Idem para niña (verdadero regalo).....               | 25       |

Se envían franco de todo gasto por correo en cajitas certificadas y declarada mercancía para toda España é islas.

No se servirá ningún pedido que no venga acompañado de su importe en billetes del Banco de España, en carta certificada ó valor declarado.

Envíese la medida de los anillos tomándola con un hilo alrededor del dedo.

No se hacen descuentos; no se conceden representaciones, ni se envían catálogos, dibujos ni muestras. A todo comprador que no se conforme con la mercancía se le devuelve inmediatamente su importe.

Dirigirse al representante general y único de la Sociedad Oro y Brillantes **Ans: Alaska.**

**G. A. Buyas, Corso Romana, 18, Milán (Italia).**

**Bazar de Camas de la Latina**

1, PLAZA DE LA CEBADA, 1

Fábrica: CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 29

Camas — Colchones de muelles. — Colchones de varios sistemas.  
Nadie puede competir en precios con el Almacén

**1, PLAZA DE LA CEBADA, 1**

**CARIES**

DOLORES DE MUELAS  
FETIDEZ DE ALIENTO  
Se curan usando el

**ELIXIR GAL**

á base de timol y menta  
Antiséptico-Calmante perfumado.  
Frasco de lujo, 1'50. Idem bebé 1.  
Perfumerías y Droguerías.

CARLOS AUBERT • LAS NOVELAS AMOROSAS • Quince céntimos.

**¡OH GRAN REMEDIO! —Específico de Clark. —CURA INFALIBLE**

Para la curación rápida y radical de la Debilidad nerviosa, Impotencia, Derrames seminales y toda clase de Desarreglos producidos por Excesos sexuales durante la juventud.

Este específico curará, aun cuando hayan fallado los demás remedios, y es el único medicamento que cura todos los casos de Debilidad del sistema nervioso, Impotencia (parcial ó total), Postración nerviosa, Consunción, Espermatorea ó Derrames seminales, toda clase de Debilidad en el organismo, como falta de virilidad y enfermedades en los Organos genitales.

Esta medicina se hallará de venta en todas partes del mundo por los primeros comerciantes de Drogas y Boticarios.

**Diríjase á Clark's Specific** 140 EAST 30 STREET  
NUEVA YORK, E. U. A.

**BERNABÉ MAYOR**  
3, ESPARTEROS, 3  
MADRID  
Almacén de material y aparatos para telefonía, telegrafía, campanillas, pilas, hilos cables, pararrayos, etcétera, etc.  
Ferretería, metales, utensilios de cocina.  
**LUZ ELÉCTRICA**  
Catálogos ilustrados gratis.

SERVICIOS FÚNEBRES  
**La Soledad**  
DESENGAÑO - 10.  
TELÉFONO 205

**MATÍAS LÓPEZ.** —Chocolates, Cafés, Dulces. —Oficinas: Palma Alta, 8. —Depósito: Montera, 25.